

asolada la España por los Bárbaros; arruinan las iglesias; matan á los servidores de Dios, profanan la memoria de los santos, sus huesos, sus sepulcros, los cementerios.... Presentad á la vista de nuestra grey el ejemplo de nuestra constancia, sufriendo por Je-

sucristo una parte de los tormentos que sufrió por nosotros (76). «Entonces Pancraciano hizo la profesión de fe de la Iglesia católica, y á cada artículo respondían los obispos: *creemos* (77).» ¿Y qué hare



MUERTE DE SIGERIDO.

mos ahora, dijo Pancraciano, de las reliquias de los santos?» Clipando de Coimbra respondió: «Obre cada uno según lo permita la ocasión: los Bárbaros se hallan cerca de nosotros, y apremian á Lisboa; poseen á Mérida y Astracán: el día que menos pensemos vendrán sobre nosotros. Vaya cada uno á su pueblo y consuele á los fieles, ocultando poco á poco los cuer-

pos de los santos, y remitiéndonos la relación de los sitios ó cuevas donde los haya colocado, para evitar que los olvide con el tiempo.» Pancraciano dijo: «Id en paz. Nuestro hermano Pontamio permanecerá solo á causa de la destrucción de su iglesia de Eminia que los Bárbaros están saqueando.» Pontamio contestó: «Quiero ir también á consolar á mi grey, y sufrir con

ella por Jesucristo; no he recibido el cargo de obispo para vivir en la prosperidad, sino en el trabajo.» Pancraciano le respondió: «decid muy bien: Dios os guarde.» Todos los obispos repitieron: «Dios os guarde (78). Todos juntos dijeron: «Vayamos en paz en nombre de Jesucristo.»

Cuando Atila apareció en las Galias, precedíale el terror; Geneveva de Nanterre, tranquilizó á los habitantes de París: exhortaba á las mujeres á orar juntas en el Baptisterio, y las prometía la salvación de la ciudad: los hombres que no creían en las profecías de la pastora, se excitaban á apedrearla ó á ahogarla (79). El archidiácono de Auxerre les disuadió de tan perverso intento, asegurándoles que San German publicaba las virtudes de Geneveva. Los Hunos no llegaron á las tierras de París (80). Perdonaron á Troyes, por recomendación de San Loup; y en su retirada el azote de Dios hizo que le escoltase el santo (81). San Loup, esclavo y prisionero, protegiendo á Atila, presenta un rasgo grandioso de la historia de aquellos tiempos.

San Agnan, obispo de Orleans, estaba encerrado en su ciudad sitiada por los Hunos, y envió á las murallas á esperar y descubrir á los libertadores, pero nada parecía. «Orad, dijo el santo, orad con fe,» y envió de nuevo un vigía al muro. Tampoco se distinguía cosa alguna: «Orad, repitió el santo, orad con fe,» y envió por tercera vez á mirar desde lo alto de las torres. Distingúfase como una ligera nube que se levantaba de la tierra. «¡Es el auxilio del Señor!» exclamó el obispo (82).

Genserico condujo cautivas desde Roma á Eudoxia y á sus dos hijas, únicos restos de la familia de Teodosio (83). Miles de Romanos fueron hacinados en los bajeles del vencedor, que por un exceso inaudito de barbarie mandó separar á las mujeres de sus maridos, y á los padres de sus hijos (84). Deogracias, obispo de Cartago, consagró los vasos santos al rescate de los prisioneros. Convirtió dos iglesias en hospitales, y no obstante su edad avanzada, cuidaba á los enfermos, visitándolos noche y día. Murió, y aquellos á quienes había libertado, creyeron que iban á recaer en la esclavitud (85).

Cuando Alarico entró en Roma, Próba, viuda del prefecto Petronio, jefe de la poderosa familia Aniciana, se salvó en un barco por el Tiber (86): su hija Læta y su nieta Demetriade la acompañaron: estas tres mujeres vieron desde su fugitiva barca las llamas que consumían la ciudad eterna. Próba poseía cuantiosos bienes en Africa, y los vendió para socorrer á sus compañeros de destierro y de infortunio (87).

Huyendo de los bárbaros de Europa, los Romanos se refugian en Africa y al Asia; mas en estas provincias remotas hallaban otros bárbaros: arrojados del corazón del imperio á los extremos, repelidos de las fronteras al centro, podían decir que la tierra se había convertido en un parque donde los batía un círculo de cazadores.

San Gerónimo recibió á algunos restos de tantas grandezas en aquella gruta en que el Rey de los reyes había nacido pobre y desnudo. ¿Qué espectáculo y qué lección ofrecen aquellos descendientes de los Escipiones y de los Gracos, refugiados al pie del Calvario! San Gerónimo comentaba entonces á Ezequiel, y aplicaba á Roma las palabras del profeta sobre las ruinas de Tiro y de Jerusalén: «Haré que suban contra vosotros muchos pueblos, cual hace subir el mar las olas. Destruirán las murallas hasta el polvo.... Haré que recaiga sobre los hijos de Judea el peso de sus crímenes.... Verán venir horrores sobre horrores (88).» Mas cuando al leer aquellas palabras, *pasarán de un país á otro, y serán conducidos cautivos*, el solitario clavaba los ojos en sus huéspedes y prorumpía en lágrimas.

Y sin embargo, la gruta de Belen no era ya un asilo seguro: otros destructores despojaban la Fenicia, la Siria y el Egipto (89). El desierto, cual si fuera arrastrado por los Bárbaros y mudara de sitio con ellos, se extendía á las comarcas, en otro tiempo mas fértiles; y en las provincias que se habían visto animadas con pueblos innumerables, no quedaban mas que la tierra y el cielo (90). Las arenas mismas de la Arabia que seguían á estos campos desbastados, sufrían el gravoso peso de la plaga común: San Gerónimo había escapado con sumo trabajo de las manos de las tribus errantes, y los religiosos del Sinaí habían sido degollados: Roma faltaba al mundo, y la Tebayda á los solitarios.

Cuando hubo caído el polvo que levantaban los pies de tantos ejércitos, y que salía del hundimiento de tantos edificios; cuando se hubieron disipado los torbellinos de humo que se levantaban de tantas ciudades incendiadas; cuando la muerte impuso silencio á los gemidos de tantas víctimas; cuando cesó el estruendo de la caída del coloso romano, entonces se descubrió una cruz, y al pie de esta cruz un nuevo mundo. Algunos sacerdotes con el Evangelio en la mano, sentados sobre las ruinas, resucitaban la sociedad en medio de los sepulcros, del mismo modo que Jesucristo volvió la vida á los hijos de los que habían creído en sus palabras.